

*«No sé lo que tengo.
 No sé qué me pasa.
 Quisiera morirme, quisiera morirme,
 sin que lo notara.
 En nada encuentro consuelo.
 Yo ya no puedo vivir,
 y me quisiera morir
 ¡A ver si es verdad que hay cielo!
 etc., etc.*

El buen señor me dirigió una mirada terriblemente piadosa por encima de sus gafas, que me dejó como la estatua de Sodoma. Y ¿eres tú el autor de estos versos?

—No, señor; son de un amigo íntimo que empieza...

—Mi felicitación más cordial.

—¿Al autor?

—¡No; a ti! Bien, bien. ¿Qué edad tiene ese becqueriano de la llanura?

—Creo que 17 años.

—¡Buena edad! Le vas a decir de mi parte que busque una novia rica con muchas cepas bajo una linde y se case con ella. Después cuando se haya instalado, que haga versos o pajaritas de papel; ¡es igual! Y que ya contestaré a esta carta. Y me despidió con unas palmaditas en la espalda. No hay que decir que «La Correspondencia» no dijo una palabra del librito, y mi fracaso, ante el Conclave, cuando regresé a Ciudad Real, fué tan rotundo, que el poeta dejó de saludarme en bastante tiempo y los demás me tildaron de mal diplomático.

Seguíamos emperrados con la literatura, alternando con los juegos propios de la edad, y sin preocuparnos lo más mínimo de asistir a las clases del Instituto. Nos dejamos crecer el pelo y adoptamos un tipo standar de mirada despectiva, para el resto de nuestros convecinos, que daba miedo y nos pusimos unas chalinas que parecían murciélagos agarrados al pescuezo. Bien pronto nos catalogaron con el título de «Los futuros esmayaos».

A D. Ceferino Sauco le hacíamos «El Labriego», donde yo, como más moderno e inexperto, tenía la sección de sucesos. D. Ceferino sólo nos daba mucha conversación y consejos, pero ¡ni una entrada para los espectáculos!

Mi padre estaba que cojía moscas y desesperado ante mi desaplicación. Como era hombre de gran pestaña y un trabajador infatigable, veía que mi conducta de absoluta inhibición en el Instituto, me llevaba directamente hacia una era para trillar si quería vivir, y esto le preocupaba seriamente. Cierta día visitó a don Federico Galiano, Director del Instituto, gran amigo suyo, para que con absoluta sinceridad le aconsejara lo que debía hacer conmigo en vista de que los estudios no me iban. Don Federico, hombre viejo y con gran costumbre de ver a distancia, le dijo (según supe mucho tiempo después).

—Nada de que deje los estudios el chico, porque le aseguro *que hay madera*, cuando menos lo piense usted aparecerá en él *su otro yo* que ahora tiene en estado larvario. No se desanime y *aguante mecha*, acudiendo al buen discurso para qu